

OBRAS COMPLETAS

DEL DOCTOR

DON JOSÉ DE LETAMENDI

VOLUMEN CUARTO

2.^a EDICIÓN

OBRAS COMPLETAS

DE

JOSÉ DE LETAMENDI

Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad central,
Profesor numerario de Patología general con su Clínica y preliminares clínicos,
individuo numerario de la Real Academia de Medicina de Madrid,
Consejero de Instrucción pública, Vocal del Real Consejo de Sanidad,
condecorado con la cruz de primera clase de la Orden civil de Beneficencia,
antiguo Ayudante segundo y luego Ayudante primero de disección,
Sustituto permanente de Cátedras Anatómicas, Director de trabajos de disección y Museos,
y Catedrático de Anatomía (todo por oposición) de la Facultad de Medicina
de Barcelona (1847-1878).
autor laureado con el premio-Rubio por la obra de *Patología general*,
Vocal numerario de la Real Academia de Medicina de Barcelona (1857-78),
Socio de diversas Corporaciones científicas y literarias,
ex-Senador del Reino, etc., etc.

PUBLICADAS POR SU DISCÍPULO

RAFAEL FORNS

VOLUMEN CUARTO

2.^a EDICIÓN



DONATIU
DR. FARRERONS



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIP.-LIT. DE F. RODRÍGUEZ OJEDA
MONTERA, NÚMERO 10

1907

REGISTRADA LA PROPIEDAD

ELEMENTOS DE LEXICOLOGÍA GRIEGA

CON APLICACIÓN AL TECNICISMO MÉDICO

AL SR. D. LUIS DE MAYORA Y LLANO.

Mi inolvidable y ejemplar amigo: Juntos nacieron en mi ánimo, como dos almendritas mellizas, el proyecto de dar á luz esta rajuela de libro y la intención de dedicársela á usted.

Cosas tan racionales como las ideas, no se juntan ni se disgregan sino por virtud de valedera y discreta razón, y he aquí, en breves términos, la que movió á mis dos intentos á brotar tan unidos. Entre los muchos beneficios que debo al valer de la persona de usted, y al íntimo y cotidiano trato con que en Barcelona me honró durante largos años, cuéntanse dos que influyeron poderosamente en mi cultura, siendo uno de éstos el haberme inspirado verdadero amor hacia los estudios lingüísticos, y el otro, haberme usted transfundido algo de esa incomparable perseverancia inquisitiva y crítica que imprime carácter de perfección á todos sus trabajos. Ahora bien; de estos dos injertos de su espíritu de usted en el mío, vivo yo bastante engreído para no consentir que, por falta del conveniente cultivo, se malogren; y como quiera que separado de la influencia directa y del cotidiano trato de usted, si nunca cejaré en quererle, bien pudiera alguna vez cejar en imitarle, quise, mediante un supremo esfuerzo, identificarme aquellos injertos, convirtiéndolos para siempre en substancia mía propia. Este supremo esfuerzo ha sido la formalización de estos *Elementos de Lexicología griega*; juzgue usted ahora si anduvieron cuerdas en nacer gemelas la idea de componer este opúsculo y la de dedicárselo á usted.

Dígnese usted, pues, aceptar la ofrenda que de este estuerzo me atrevo á hacerle, y estimelo no en lo que vale, que es muy poco, si en lo que me cuesta, que es, á fe, mucho. La primera parte, ó *Introducción al cultivo de idiomas*, para servir de tema inaugural de las clases de lenguas del *Fomento de la cultura escolar*, está escrita *calamo corriente*; mas en la composición de la segunda, ó *Lexicología griega* propiamente dicha, al tratar de resolver sensata á la vez que preceptivamente ciertas cuestiones, con aplicación al tecnicismo cien-

tífico, he debido inquirir mucho y deliberar no pocas veces con balanza de doble pesada.

Una parte importante, la *traducción literal* del fragmento de Filostrato, destinada á ejercicios, no es mía; no está aún mi rueca para hilar tan delgado. Dicha traducción literal es obra de nuestro común amigo Dr. Balari, recién electo Catedrático de lengua griega de esa Universidad, en méritos de brillantísimas oposiciones. Entusiasmado con el plan y los fines de mi trabajo, que leyó de primeras cuartillas, y conviniendo conmigo en que la traducción literaria de Filostrato, publicada por M. Ch. Daremberg, está, á puro de arbitraria, fuera de carácter, ofrecióseme á hacer una traducción rigidamente *literal* y, merced á ella, creo que la *literaria* mía expresa el espíritu de Filostrato y de su época con mucha mayor fidelidad que la aludida del traductor extranjero.

Por lo demás, ¿será utilizado mi esfuerzo? ¿Lograré llenar el vacío que en la educación literario-médica ya todo el mundo reconoce y lamenta? Lo ignoro. Mis esperanzas fueran muy halagüeñas y seguras si el público, persuadido de lo mucho que yo he aprendido componiendo estos *Elementos de Lexicología griega con aplicación al tecnicismo médico*, acertara á sacar el *cuarto término* de lo que en ellos se puede aprender estudiándolos con mediano empeño.

Séase de esto lo que se fuere, yo quedaré ya pagado con solo saber que esta dedicatoria ha sido grata al amigo, y ha satisfecho las justas exigencias del profundo erudito, y en esta confianza se queda, repitiéndose suyo cordialísimo y seguro amigo

Q. B. S. M.,

José de Letamendi.

Madrid 2 de febrero de 1881.

INTRODUCCIÓN AL CULTIVO DE IDIOMAS EN GENERAL Y DEL GRIEGO EN PARTICULAR

Unidad y variedad de las lenguas.

Una es la ley fundamental del habla para toda la humanidad, como una es la ley del pensamiento.

Esta ley de unidad del lenguaje es tan sencilla como absoluta; toda lengua debe constar: 1.º, de letras ó signos elementales, que son á las palabras lo que los elementos anatómicos á los órganos de

nuestro cuerpo; 2.º, de palabras, verdaderos órganos compuestos de letras; 3.º, de un sistema de correlación funcional que constituye la actividad fisiológica de todos estos órganos, ó sea su sistema gramatical; 4.º, de *ideas* que animan el lenguaje y que, no siendo ni letras, ni vocablos, ni forma gramatical, obran como virtualidad, como principio informador, como elemento moral, como espíritu, en fin, del humano discurso.

Fiel trasunto del hombre su palabra, ofréconos realmente cuerpo y alma. Tal es la ley de unidad que gobierna la expresión del pensamiento.

Variable, sin embargo, el pensamiento según los tiempos y lugares, dentro de su fundamental unidad, impone al lenguaje, reflejo suyo, proporcionadas variedades dentro de la unidad de su constitución, y así, letras, vocablos y sistema gramatical, elementos materiales del lenguaje, cambian hasta lo infinitesimal en sonido, forma, proporciones y correlación, no solo en las lenguas madres, sino también en los idiomas, las hablas territoriales, los estilos jerárquicos, las técnicas gremiales y hasta en boca de cada individuo, ofreciendo aquel singularísimo resultado que constituye el tono, la pronunciación y el giro prosódico característicos de su personal estilo.

Y ese continuo centellear de variedades lingüísticas, que se propaga en los tiempos históricos y se extiende por los espacios geográficos, cambiando sin cesar, ora al sosegado flujo y reflujo de las nacionalidades, ora al embate de guerras, revoluciones y conquistas, es lo que se ha dado en llamar *vida del lenguaje*, aunque en rigor de sentido recto debe llamarse *manifestación lógica de la vida de la humanidad*, pues ésta es la entidad viviente, no su palabra, soplo material que el viento lleva.

De ahí la multitud de lenguas en la Geografía y la Historia; de ahí la muerte de unas, el nacimiento de otras y el incesante mudar de todas. En vano los Cuerpos académicos y los principes del purismo literario resisten obstinadamente, por todos los medios que el espíritu conservador sugiere, al movimiento de su idioma nacional; en vano. Este, en su incesante galopar, tasca el freno bajo la diestra y vigorosa mano de su jinete; quizá merced á ese enérgico refrenamiento no se desboca el corcel; mas obsérvese bien, y se verá que el habla, como el corcel, transporta consigo á su propio domador, y así los hablistas más rígidos obedecen á su vez á ese movimiento de traslación del lenguaje, bien como el sol, centro y disciplina de todo nuestro sistema planetario, y en apariencia tan inmóvil, es transportado á su vez con toda su cohorte de súbditos por los espacios, á

despecho de su aparente inmutabilidad. Así el más influyente hablista, el mismo Cervantes, por ejemplo, puede á lo sumo refrenar el movimiento ulterior de su idioma; suspenderlo, pararlo, jamás. Fijémonos si no en la gran transformación de la lengua castellana durante los siglos xvii y xviii; y, por lo que dice al presente, fácil es reconocer en el purismo de 1835 lo condenado por el purismo de 1812: y en el de 1880 lo condenado por el de 1835.

He aquí, pues, cómo la versatilidad natural del lenguaje, según los tiempos y los lugares, la razón y las costumbres, la prosperidad y la decadencia, las guerras y las paces, los vicios y las virtudes, y todo, en fin, cuanto de humano hay en el hombre, ha sido la ocasión inmediata de la diversidad de los idiomas, con sus innúmeros matices, y de la suma dificultad que tan á menudo encuentra el hombre para entender al hombre.

Ahora bien; ante esta dificultad, ¿habremos de retroceder, encerrándonos herméticamente en la estrechez de nuestro idioma nativo? ¿Optaremos por desafiarla locamente, consumiendo la mejor parte de nuestra existencia en aprender todas las lenguas, por el afán de llegar á entendernos con toda la humanidad? Y si entre estos dos extremos cabe un medio término; ¿cuál será éste, si ha de ser discreto?

Henos aquí conducidos al problema concreto de las necesidades del estudiante, bajo el punto de vista lingüístico.

Necesidad científica del cultivo de las lenguas.

Actualmente, en medio de la muchedumbre de personas de espíritu sedentario, que para la satisfacción de sus necesidades comunicativas tiene bastante con su lengua patria, hallamos dos clases sociales cuyo desenvolvimiento exige la posesión de extrañas lenguas. Estas dos clases son: una, la de los hombres de negocios; otra, la de los hombres de letras.

En los siglos medios, estas dos clases no sentían tales necesidades.

El negociante, no pudiendo ser cosmopolita, no tenía para qué ser poliglota; el hombre de ciencia, con solo dominar el latín, estaba en posesión de la lengua literaria formalmente universal para su tiempo. Hoy todo ha cambiado. Hoy el comerciante debe extender, ó en persona ó por correspondencia, su acción á diversas y apartadas regiones del mundo; y por lo que dice al hombre de ciencia, muerto el latín como lengua docta, muy distante el francés de haberle sus-

tituido, pues ni todo lo literario y científico se escribe en francés, ni se traduce á esta lengua lo que no es del gusto de Francia; y, finalmente, siendo por la misma razón insuficiente la lengua de cada nacionalidad culta para comunicarnos el movimiento total de las letras en el mundo entero, queda moralmente obligado todo joven que cultiva la ciencia á conocer algunas lenguas vivas, además de la suya, aunque ésta sea la francesa, cuanto más si, por ser español, desconoce esta última. Y no se crea que esta empresa es superior á las ordinarias fuerzas del alumno.

En Bélgica, en los Cantones Suizos, en Dinamarca, Holanda, Suecia y Noruega, naciones reducidas y modestas, pero modelos de positiva y exquisita cultura, todos, al entrar en carrera mayor, deben poseer, y poseen, cuatro ó cinco idiomas además del suyo, contando con el griego y el latín, y no hay para qué decir hasta qué punto Austria, Alemania y la políglota Rusia están en este punto á la altura de aquellas otras ya aludidas naciones de tercero y cuarto orden, circunvecinas suyas. Respecto de Inglaterra y Francia, sin llegar á tanto, ofrecen aun en la educación lingüística de su juventud escolar un grado de elevación digno de ser imitado.

De esta suerte el hombre de ciencia da mentalmente la vuelta al mundo y, superior al comerciante, puede comunicarse, no solo con sus corresponsales los sabios de apartados países, sino también con sus corresponsales de apartados tiempos, los grandes genios de la antigüedad, padres de la ciencia. De esta suerte el estudiante se prepara á realizar espiritualmente esas grandes excursiones que el hombre de negocios suele emprender en cuerpo y alma.

He aquí patente la alta conveniencia de que el estudiante de nuestros tiempos se dedique al ejercicio de las lenguas; conveniencia que, bajo el punto de vista nacional y actual, se convierte en imperiosa necesidad, en una exigencia patriótica, si la ciencia española ha de salir resueltamente de la desairada esfera del brillo relativo, para esparcir por el mundo resplandores absolutos.

Carácter de la enseñanza y determinación de los idiomas que debe comprender.

Una diferencia digna de atención separa, bajo el punto de vista del método de enseñanza lingüística, al hombre de letras y al hombre de negocios de nuestro siglo.

El hombre de negocios, aparte de que puede aprender, y con frecuencia aprende, por reglas los idiomas de cuyo ejercicio tiene nece-

sidad, puede asimismo adquirir, y á menudo adquiere, por la sola práctica dichos idiomas; mientras que el hombre de ciencia, por el contrario, esclavo por punto general de sus obligaciones, ya escolares, ya profesionales, y no pudiendo por ende correr mundo, vése obligado, si quiere aprender lenguas, á estudiarlas como suele decirse *por principios*. Así, un comisionista ó un empresario de teatros llega á poseer bien tres ó cuatro lenguas, ignorando completamente qué cosa sea artículo, qué preposición, qué adverbio; pues, como el niño, las ha aprendido de oído, oyéndolas hablar y hablándolas; en tanto que el que aprende por principios tiene que hacer de la nueva lengua una cuestión de análisis científica, y gracias que por falta de traza ó sobra de miedo no se quede con el solo conocimiento, y sin entender ni hablar el idioma objeto de sus afanes.

Los obstáculos que al análisis pueden ofrecer los idiomas son de diversos grados, según el principiante ignore en todo ó en parte, ya el sistema gramatical, ya la significación de los vocablos-raíces, ya la pronunciación de las letras (fonética), ya su configuración, ya la totalidad, en fin, de estos elementos. Así, por ejemplo, para el español, las lenguas italiana y francesa ofrecen todos los elementos conocidos por regla general, desconocidos por excepción; la alemana presenta régimen y vocablos desconocidos en absoluto, y letras y sonidos conocidos ó de fácil comprensión; mientras que el ruso y el griego, el hebreo, el sanscrito, el japonés, el chino, el árabe, etc., se le aparecen como antros tenebrosos donde todo, absolutamente todo, caracteres, sonidos, vocablos y sistema gramatical, todo es ignoto.

Ante tales dificultades no hay, sin embargo, para qué retroceder; en primer lugar, porque rehuir la lucha es impropio de la juventud; en segundo lugar, porque el carácter práctico del sistema moderno de enseñanza lingüística allana grandemente el camino; en tercer lugar, porque las necesidades del médico no obligan á un dominio literario, que es el *summum* de la maestría lingüística, sino á la fácil lectura y expedita traducción; y en cuarto y último lugar, porque las lenguas que debe hoy cultivar el médico de nuestros tiempos, ni por el número son tantas, ni por su naturaleza tan difíciles que deban arredrarle, sino muy al contrario, son tales que, combinadas bajo un plan discreto de enseñanza, mutuamente se auxilian y preparan; y esto último nos conduce á la determinación del

Plan de la educación médico-lingüística.

I. Entre las lenguas vivas, el portugués, el francés, el italiano, el alemán, el inglés, el ruso, constituyen para el español el conjun-

to de fuentes de expresión científica de todo el mundo; pues aunque Suecia, por ejemplo, es un foco de ciencia *per se*, todo cuanto en Suecia se elabora viene á aparecer estampado en alemán, como lo de Bélgica en francés, *et sic de cæteris*.

Ahora bien; considerando de una parte que los rusos escriben mucho en francés y en alemán, y que Alemania, su vecina, se da traza á notificar todos los adelantos de aquélla; y por último, que el portugués, con un poco de ejercicio de lectura, queda reducido á una variante dialéctica del castellano, venimos á resolver el cuadro de enseñanza médico-lingüística viva á lo siguiente: *francés, alemán, inglés é italiano*.

El orden que me parece más provechoso y breve para el estudiante español es este: primer año, *francés y alemán*; segundo año, *inglés é italiano*. De esta suerte resulta que, no exigiendo el *francés* un fuerte acopio de vocablos nuevos, compensa al *alemán*, que por sernos absolutamente ininteligible, y exigir una gran aplicación de memoria de vocablos, resulta ser por este concepto el más arduo de los cuatro, quedando para el segundo año el *inglés*, compuesto de radicales afines con los alemanes los unos y afines con los nuestros los otros, y como alivio el italiano, el cual, si bajo el punto de vista literario tengo para mí que es *el idioma más difícil de Europa*; en cambio, por el concepto de la pronunciación, la comprensión, la traducción y hasta el diálogo familiar, es de los menos dificultosos para los españoles.

Así, en lugar de una serie de cuatro lenguas de dificultad creciente, *italiano, francés, inglés, alemán*, resulta otra serie, *francés, alemán, inglés, italiano*, en la que el francés y el alemán reducen el inglés (para los efectos de la comprensión y la traducción) á una lengua sencillísima. Lo arduo del inglés es la fonética ó pronunciación, cuyas reglas tienen tantas y tales excepciones, que los mismos ingleses, al oír de un tercero algún vocablo nuevo ó desconocido, se ven obligados á preguntarle *cómo se escribe*, y si está escrito, necesitan preguntar *cómo se pronuncia*. Empero, repito, para los efectos de contar con una fuente más de instrucción, no es necesario llegar á dominar la fonética inglesa, sino su contextura gráfica y su régimen gramatical, en verdad harto sencillo.

II. Entre las lenguas muertas, cuéntanse dos, llamadas lenguas clásicas, lenguas sabias, y son la latina y la griega. Y aunque en realidad de verdad el hebreo, por ser la lengua de la Sagrada Escritura, y el egipcio y el sanscrito, por ser lenguas de grande importancia histórica, parece que debieran colocarse en la categoría de

las dos antedichas, no es difícil echar de ver que el griego y el latín juntos representan el resultado de los dos mayores esfuerzos que la razón humana ha realizado en los tiempos, el esfuerzo teórico de los helenos, y el esfuerzo práctico de los romanos, y que, por tanto, estas son las verdaderas lenguas clásicas.

Mas al llegar á este punto ocurrese naturalmente otra cuestión: ¿Tiene acaso necesidad el médico moderno de conocer el griego y el latín?

Relaciones de la Medicina con el latín y el griego.

Para los naturalistas meridionales la época del latín y el griego ya pasó. Así, contrayéndonos á España, he aquí una elocuente gradación: mis antecesores producían sus actos académicos en latín, poseyendo medianamente el griego; mis contemporáneos, incluso yo mismo, actuamos en castellano, poseyendo medianamente el latín; nuestros sucesores, los escolares de hoy, han de actuar en castellano, por no poseer más que el castellano. Los modernos estudios de latín de nuestros Institutos; apenas dejan en el ánimo de la juventud el preciso rastro para comprender las raíces etimológicas, y raro es el alumno de medicina que se encuentre en disposición de declinar un nombre ó conjugar un verbo, pronta y correctamente, cuanto menos de analizar y traducir con discreción un fragmento de Tácito ó de Virgilio.

¿Es esto un bien? ¿Es esto un mal?

Fijemos la mirada en la situación de las naciones del Norte. Esas naciones, principalmente los Estados alemanes y la Gran Bretaña, que poseen el secreto de hacer perder con utópicas predicaciones el juicio á los pueblos meridionales, mientras para sí conservan la sensatez y la tradición en sus costumbres, ofrecen hoy día, respecto del objeto que nos ocupa, un chocante contraste; pues mientras de un lado exigen que en sus gimnasios y liceos (institutos) aprenda la juventud el griego y el latín y tres ó cuatro lenguas vivas; y mientras se enorgullecen, y con razón, de poseer médicos, naturalistas y físicos que, como los Helmholtz, los Leunis, los Merkel, brillan á cada paso por sus oportunas y espontáneas citas de lo más selecto de los antiguos clásicos, á guisa de aperitivo condimento de sus grandes trabajos de paciente experimentación, sostienen de otro lado por autorizadas plumas una decidida cruzada contra el griego y contra el latín, y contra todos los demás elementos de alta educación intelectual que constituyen las Humanidades.

En Francia, donde las propagandas alemanas acaban siempre por tomarse al pie de la letra, existen hoy dos partidos abiertamente hostiles acerca del particular, en relación con la segunda enseñanza.

En España, donde en casos tales optamos siempre por la neutralidad displicente, aguardamos el resultado de la discusión..... con los libros cerrados.

No es este el lugar oportuno para tomar parte en esa contienda, ó sea, para elucidar si es bueno ó malo el abandono de los estudios clásicos. Por otra parte, los que condenan el cultivo del griego y del latín, á causa del largo período y la cantidad de aplicación que reclaman en un siglo en que, merced á magistrales traducciones, ni para leer á Pausanias se necesita saber griego, ni para saborear á Horacio conocer el latín, tienen en ello manifiesta razón; mientras que la tienen, y no menos atendible, los que sustentan que esas dos lenguas, madres de la actual cultura europea, no constituyen tan solo *dos lenguas más*, sino una alta disciplina intelectual, por lo sabias y perfectas que son, y útiles por tanto al desenvolvimiento del espíritu ideológico y crítico del adolescente.

Ello es, después de todo, que para nada necesito tomar partido ante esta discusión, por más que le tenga muy formado y terminante. Basta á mi actual propósito demostrar, que aun concediendo que es bueno que el griego y el latín sean abolidos de nuestros planes de enseñanza, siempre le quedarán al estudiante físico-naturalista, y sobre todo al médico, tres necesidades racionales que satisfacer: 1.^a, entender los vocablos técnicos; 2.^a, sujetarlos á severa crítica, y 3.^a, saber componer uno, si un día, llegando á brillar en su profesión, siente necesidad de crearlo.

Antes de examinar estos tres puntos, demos por eliminado el latín, porque realmente, hoy por hoy, si no está bastante aprendido para impedir que al punto sea olvidado, no es tampoco tan olvidado que no alcance á satisfacer estas tres necesidades del estudiante de Facultad mayor, y por lo tanto, fijémonos exclusivamente en la necesidad del griego.

1.^a

NECESIDAD INTELECTIVA

Inteligencia viene de *intus-legere*, lo cual nos dice que no hay más que una forma de entender, que es ver uno en sí y por sí clara y distintamente las cosas, como se han de ver las letras de un escrito

para que éste sea bien leído. No basta, pues, que un vocablo técnico sea bien oído y fielmente recordado; no basta que de viva voz el profesor le pronuncie, analice é interprete, pues esto arguye inteligencia en el profesor, mas solo creencia y sumisión por parte del alumno, y ni la creencia ni la sumisión son funciones del entendimiento. Además de que en una época en que el profesorado no está obligado á saber griego, y si de hecho tal ó cual profesor lo conoce, es solo porque de hecho lo cultivó, y ese hecho es, por lo tanto, contingente, puede darse el caso en que, ni el libro ni la viva voz, sean trasunto fiel del verdadero significado del vocablo; y, dado este caso, el alumno cree cierto lo que es falso, bueno lo que es malo; por donde se demuestra una vez más que creer no es entender.

Ejemplos: En un libro de asuntos de medicina y de fácil acceso para el alumno español, se repite hasta tres veces en una sola plana y con letra cursiva (lo cual demuestra que no se trata de un error de imprenta) la palabra *heterotropia* por *heterotopia*, resultando del análisis que se da *tropos* (τρόπος: *vuelta, estilo, semblante, carácter, figura retórica*), como si significara lo que *topos* (τόπος: *lugar, andurrial, sitio*): de suerte, que el vocablo técnico que se da por *cambio de sitio* ó *heterotopia*, significa en realidad *cambio de carácter, de estilo, etc.*

¿Podrá tamaño error de un maestro dar por resultado en el ánimo de su alumno la inteligencia del término técnico de que se trata, cuando se empieza por darle el término que no se debe, y se acaba por no haberle dado el que se debe, juntando al significado de éste el vocablo de aquél?

También recuerdo haber leído que *Nosologia* viene de νόσος (*enfermedad*) y λόγος (*yo reuno*) (!!!), y todo por la falsa idea de que *Nosología* es el tratado de la clasificación de las enfermedades. Esto se llama despacharse á gusto.

Verdad es que despropósitos tales solo se los consiente quien en materias de su nativa lengua emplea á cada paso verbos de generación nefanda, como *tipificar*, y concordancias vizcaínas, como *nervios vaso-motrices* (concordancia que nos autorizaría á llamar emperador á Catalina de Rusia, y actriz á Calvo, á Vico y al mismísimo Julián Romea). Sin embargo, la época, si no autoriza, tolera al menos cierto general descuido en la interpretación é inteligencia de las voces técnicas, y sin juramento se me podrá creer si afirmo que no me sería difícil reunir en breve espacio numerosos ejemplos como el que antecede, y que solo por la ley de la necesidad de prueba perentoria he aducido.

2.^a

NECESIDAD CRÍTICA

Esta necesidad, aunque íntimamente relacionada con la primera ó intelectual, no es, sin embargo, idéntica á ésta.

La crítica de una cosa supone la inteligencia; mas la inteligencia de esa cosa, si es de suyo cierta y clara, no supone la crítica. Así todo el mundo entiende y nadie critica ni puede criticar la proposición «una cosa es igual á sí misma»; y, precisamente, si no se puede criticar, es porque su propia evidencia lo impide.

Trátase, pues, de que el alumno necesita contar con recursos propios para resolver si un término técnico, ó por su procedencia, ó por lo chocante de su contextura, debe ser aceptado, ó por el contrario, desechado y combatido.

Ejemplos: En Medicina se nos ha entrometido uno de esos terminachos de fortuna que en pocos años ha logrado hacer la suya. Este terminacho es *Necrobiosis*.

Necrosis se llamaba antiguamente la mortificación de una parte cualquiera del organismo, aunque algunos, sin fundamento, confundiendo *Necrosis* con *Necrostosis*, la usaban como expresiva de mortificación de hueso. Pues bien; deseoso cierto autor extranjero de inventar un vocablo sin duda más avanzado que *Necrosis*, ideó el de *Necrobiosis*, el cual, literal y no literalmente, adolece de los dos siguientes vicios, á saber: 1.º, que quiere significar *muerte de lo vivo* (cosa que huelga, porque lo que no está vivo no puede morir); y 2.º, dada la índole del griego, si no significa *muerte de lo vivo*, debe traducirse *vida de lo muerto*.

Ahora bien; después de esta sumaria información, ¿habrá quien acepte tal vocablo? Pues esto es sujetar á crítica un término técnico. ¿Y habrá en el siglo del libre examen un solo estudiante de Medicina que renuncie á ejercer en tan ilustrada forma su propia autonomía por solo evitarse la molestia de aprender lo que en este breve opúsculo se enseña?

Adviértase (y esto es digno de advertir) que hoy, cuando en mayor abandono está el cultivo del griego, es cuando más y más crece la necesidad y la consiguiente tendencia y casi manía de aplicarlo, y que en una época en que hasta la ínfima plebe ha de aprender cotidianamente vocablos griegos que no tienen sustitución vulgar, porque son signos de ideas nuevas, madres de nuevos hechos y re-

cursos, como teléfono, telégrafo, estereóscopo, zoetro, micrófono, fonógrafo, fotografía, heliografía, cromolitografía, calcomanía, homeopatía, y tantos y tantos otros del propio jaez, parece natural que entre la muchedumbre de voces técnicas nuevas que en el campo de la Medicina y sus afines cae, como gruesa granizada, sobre la inteligencia del pobre alumno, los haya, aparte los buenos, y por tanto dignos de adopción como los antes citados, los haya, repito, intolerables, obra de *aficionado*, y por lo tanto, detestables y solo dignos de ludibrio y de olvido.

Ahí tenemos, sin ir muy lejos, en Patología vegetal, la palabra *clorosis*, aplicada á aquella enfermedad de las plantas caracterizada por la *amarillez* de sus hojas. Con saber que *chloros* (χλωρός) significa verde, se comprende que así se llame el gas de este color (cloro), y aquella enfermedad que en la mujer tiñe con verdoso matiz el cútis (clorosis); mas no se concibe que se llame clorosis (verdor) aquella enfermedad á cuyo influjo las verdes hojas de un vegetal tornan amarillas. Quizás por toda réplica se diga que χλωρός no solo significa *verde*, sino también, según el *Diccionario* de Chassang, *amarillo*; pero entonces la extrañeza se cambia en risa, al considerar que una enfermedad que consiste en que lo *verde* se vuelva *amarillo*, se denomine por un vocablo que significa á un tiempo *amarillo* y *verde*. Pues qué, ¿no hay en griego *icteros* (ικτερός), de donde ictericia, y *xanthos* (ξανθός) y *óeros* (ὠχρός) que significan exclusivamente lo amarillo, para denominar una tal enfermedad?

La misma palabra técnica *acné*, debida á una errata de un copista de Aétius, ¿no ha sido copiada, sin criterio alguno, por todos los autores que han venido después, y dando además muy formales la etimología del griego (*eflorescencia*, fuego del rostro), siendo así que ni esta palabra ni su radical existen en griego, y que la verdadera palabra es *acmé* (ἀκμή)? ¿Han bastado los años transcurridos desde que el ilustre Littré dió á conocer el origen de ese despropósito, para que cese de perpetuarse en los libros, con escándalo de la formalidad y del decoro de la ciencia (1)?

¿Y dónde se deja á los escritores modernos que escriben *difnea* por *dispnea*, etc., etc.?

Prolija sería la tarea de perseguir los términos técnicos que merecen inclemente crítica, y que solo la ilustración progresiva de las generaciones escolares puede hacer desaparecer de las ciencias médicas. Y pues no trato de ejecutar *in extenso* esa crítica, sino de pro-

(1) Robin et Littré: *Dictionnaire de Médecine*, etc.—Paris, 1872.

bar con ejemplos su necesidad, juzgo bastante con lo expuesto para dejar demostrado que el alumno necesita conocer bien la LEXICOLOGÍA GRIEGA, para poder ejercer por sí la comprobatoria de la crítica tecnológica.

3.^a

NECESIDAD INVENTIVA

Del estudiante ha de salir el profesor, del profesor el autor, y como quiera que á una idea nueva, ó á un nuevo hecho ó descubrimiento, debe corresponder en la ciencia, como en la ordinaria vida á cada necesidad, una nueva palabra, y para inventar un vocablo técnico habrá que recurrir, por siglos aún, al griego, es de lógica conveniencia, para este caso, contar con los elementos siquiera meramente lexicológicos de esta lengua, á fin de salir con bien del compromiso.

En suma, diré: que si ciertamente, bajo el punto de vista ideológico, una ciencia es *un lenguaje bien hecho*, se deduce que bajo el punto de vista didáctico toda ciencia debe ser, para el maestro *un lenguaje bien empleado*, y para el discípulo *un lenguaje bien entendido*. Por tanto, entre hacer del estudiante un ave parlara ó enseñarle un poco de griego, paréceme que el partido no puede ser dudoso.

Mas he aquí que, apenas resuelta esta cuestión, brota de ella misma un nuevo problema, á saber:

¿Qué griego se debe conocer, el antiguo ó el moderno?

Ante todo, comencemos por dejar sentado que el griego moderno es al antiguo como el italiano es al latín, y que conforme nadie creería cumplir con los fines científicos del latín enseñando italiano, nadie tampoco creerá que la enseñanza del moderno griego puede realizar los fines científicos de la antigua lengua helénica.

Esta regla de proporción no constituye una sutileza dialéctica; es la expresión de los hechos. Según la fonética griega moderna, resulta que hemos de decir *Azinas* por Aténas, *Homiro* por Homero, *Violia* por Biblia, *Aftonomia* por Autonomía, etc., etc., etc.

Conviene, sin embargo, hacerse cargo de que en el griego, como en toda lengua, los cambios han sido tan lentos, que solo comparando dos apartados extremos puede uno distinguir terminantes diferencias y optar entre ellos, como si fuesen por esencia dos opuestas cosas, y hasta siéndolo en principio y en la práctica.

Así los signos de acentuación, desconocidos de los antiguos clásicos, no son invención de los griegos de hoy, ni aun siquiera de los griegos que en el siglo xvi trajeron á Europa el nuevo germen de la cultura helénica, sino que ya los alejandrinos los usaron (1). Y por lo que dice á la fonética, téngase en cuenta que ya en los tiempos de la decadencia griega comenzó á degenerar, por ser ley del lenguaje que la calidad y la intensidad de los sonidos, en una lengua dada, guardan constante ó paralela relación con las mutaciones de carácter del pueblo que la ejercita.

Ante un problema de la índole del que estamos planteando, importa mucho mirar las cosas con espíritu ilustradamente práctico, evitando los perjudiciales extremos á que conduce el exclusivismo de parciales teorías. Y así, teniendo en cuenta: 1.º, que á pesar de la luz que arrojan las antiguas traducciones greco-latinas y latino-grecas, es punto menos que imposible aquilatar en absoluto cómo pronunciaban el griego los Herodotos en su época, cómo en su época los Aristófanes; 2.º que el tecnicismo médico, desde el primitivo hipocrático hasta el actualmente en formación, participan de todos los matices histórico-fonéticos; 3.º, que todo vocablo técnico lleva su acentuación; 4.º, que el sistema uniforme de transcripción literal entre la casi totalidad de lenguas vivas, da la misma norma que los antiguos romanos adoptaron para la transcripción latina del griego; 5.º, que el griego moderno, tomado como *un resultado total y actual* de lengua viva, es prácticamente inadecuado para acomodarse á las formas de nuestro tecnicismo más puro y tradicional; y 6.º, que entre los helenistas mismos existen aún restos de divisiones sistemáticas sobre pronunciación, si bien entre los helenistas alemanes, tan competentes y numerosos, ya reina una definitiva conformidad; es fuerza atenerse á un razonable temperamento, que por mi parte no vacilo en formular en estos términos: Al hombre de negocios que tenga corresponsales en Grecia, enséñesele el griego moderno; al hombre de ciencia, cuyos corresponsales son los Aristóteles y los Pitágoras, désele la mayor aproximación posible al griego antiguo, aunque sin jactancias de purismo absoluto y sin desechar, con relación á nuestro tecnicismo médico, los elementos modernos que su tradición nos impone como una concesión universalmente admitida

(1) Entre los doctos alemanes consérvase la costumbre de consignar largas citas griegas ó latinas clásicas, sin vestigio de signos de acentuación, cuando se ocupan de alta literatura, mientras que jamás los descuidan en las obras didácticas de una y otra lengua. Y es que en latín como en griego, la acentuación, ó mejor, la consignación ortográfica del acento, es relativamente moderna.

y cancelada. He aquí el criterio que adopto para componer la *Lexicología griega* que hoy tengo el gusto de ofrecer, así á los estudiantes de Medicina, como á los médicos que necesiten y gusten completar en esta parte su erudición literaria.

Relaciones entre la fonética griega y las escrituras modernas.

Acerca de este particular, he aquí la regla. Adoptado por los antiguos romanos para la traducción latina de los textos griegos un *sistema ortográfico-fonético*, es decir, un sistema de transcripción literal que, además de advertir que aquel vocablo era de procedencia griega, indicaba el valor que debía darse á su pronunciación, este sistema ha pasado á la escritura, así ordinaria como científica de las lenguas modernas, resultando que el alumno tiene en la ortografía de su respectiva lengua un guía infalible: 1.º, para saber si un vocablo técnico es de origen griego; y 2.º, para buscar en un vocabulario griego la genuina significación de los elementos que lo componen.

Así, el estudiante portugués, por ejemplo, al ver en la escritura de su lengua nativa la palabra *Synphysis*, v. gr., conoce: 1.º, por la *ph* (*f*), que el vocablo es griego; 2.º, por la *y* sabe que en el Diccionario ha de buscar en *Syn* (Συν) y no en *Sin* (Σιν), y para el segundo en *Fu* (Φυ) y no en (Φι), resultando que fácil y prontamente averigua que *Σύν* vale por *unión* y (Φύσις) por *naturaleza, generación, crecimiento*, y que, en consecuencia, el término significa *unión de naturalezas, formaciones-unidas.....*, etc.

El estudiante alemán, al leer en escritura de su propio idioma el vocablo ya vulgar *Oekonomie* ú *ökonomisch* (Economía, económico), ya sabe que el diptongo *æ ö*, es la transcripción rigurosa del diptongo griego *oi*, y al consultar el *Lexicón* ó Diccionario griego, halla inmediatamente *Oikos* (Οἶκος, οἶκος: *casa, familia, patria, fortuna*), el cual *oikos*, traducido por *acos*, y juntado al segundo elemento *nomos* νόμος: *costumbre, administración, usanza, ley, regla*), forma el concepto de *régimen de la riqueza* (pública ó privada), que es lo que la palabra Economía pretende significar y significa.

Tal es la norma general en la escritura de las actuales lenguas cultas, fiel trasunto de la antigua latina, para la transcripción gráfico-fonética de los vocablos de origen griego.

De las inestimables ventajas de esta regla, no gozan, sin embargo, todos los estudiantes, pues desgraciadamente se exceptúan de ella las lenguas italiana y española (1).

(1) La misma lengua portuguesa, la más íntimamente emparentada con la

La ortografía española y el tecnicismo.

Tan desviada ha vivido la lengua castellana del verdadero espíritu científico, desde principios del pasado siglo (por no decir de mucho más atrás), que, hoy por hoy, hasta la memoria de los últimos restos de sus raíces latinas tiene proscritas de su Diccionario; y, aunque, merced á una laudable reacción, la benemérita Academia Española prepara, á lo que de público se afirma, una nueva edición que satisfaga las múltiples necesidades de nuestro renacimiento, y de otra parte, el *Primer Diccionario etimológico de la lengua española*, que está dando á luz el Sr. Roque Barcia, han de encaminar con el tiempo á nuestro idioma en una dirección más culta, ya dando la razón etimológica de los vocablos, ya concediendo á nuestros dialectos la justa y debida representación, ello es que todo esto, por sí solo, no satisface completamente el conjunto de nuestras necesidades glóticas y etimológicas, sino que es menester, además, que así lo glótico como lo etimológico, venga á completarse con el régimen ortográfico-fonético, que contrasta y consolida en la escritura los elementos vivos de la palabra. Mientras estas reformas no se realicen, digo mal, mientras estas reformas, aun después de realizadas, no causen estado en las costumbres, quedan en pie los obstáculos que hoy se oponen á que nuestro estudiante pueda inferir de la ortografía fonética de los vocablos técnicos ó vulgares, de clásico abolengo, el origen y la significación de unos y otros.

Mas, ¿en qué consiste la materialidad del obstáculo? En que, excepto la *h*, como signo expiratorio, equivalente del *espíritu áspero* de la escritura griega, apenas le queda á la escritura castellana el menor vestigio ortográfico-etimológico de sus voces, tanto vulgares como técnicas.

Así, cazando, como suele decirse, al vuelo las palabras *ortográfico*, *etimológico* y *técnicas* de que acabo de hacer uso en el párrafo anterior, diré que tales y como están escritas no dan al más avisado lector ningún indicio de cuáles puedan ser las raíces griegas que las

castellana, conserva en la escritura las tradiciones ortográfico-fonéticas generales, y así en portugués se escribe *Typographia*, no *Tipografía*; *Edema*, no *Ede-*
ma; *Therapeutica*; no *Terápéutica*; *Syphilis*, no *Sífilis*; *Methodo*, no *Método*;
Idiosyncrasia, no *Idiosincrasia*; *Chlorosis*, no *Clorosis*; *Photometro*, no *Fotóme-*
tro, etc., etc., etc., lo cual arguye, la verdad sea dicha, que el pueblo lusitano
conserva más vivo que el español su sentido científico. Quien de ello dudare,
que examine directamente la vida científica actual de entrambos pueblos y la
compare; entonces puede que se convenza.

engendraron y, en consecuencia, del riguroso significado que se les debe atribuir; mientras que si se escribieran como en latín, portugués, francés, inglés, alemán, ruso, etc., «*orthographico*», «*etymologico*», «*technicas*», al instante se hallaría que sus elementos constitutivos son: *orthos* (ὀρθός: *recto*); *graphé* (γραφῆ: *escritura*); *etymos* (ἔτυμος: *verdadero*); *lógos* (λόγος: *inteligencia, interpretación, discurso*); *techné* (τεχνή: *arte; oficio*), y que, por tanto, los tres vocablos significan respectivamente: *rectificación de la escritura, interpretación verdadera y cosas del oficio* (instrumentos ó palabras).

A propósito de estos obstáculos que al hombre de ciencia o pone la escritura española, creo oportuno referir el apuro en que me ví, hará cosa de cinco años, la vispera de una conferencia agrícola sobre Patología vegetal, que por disposición superior hube de dar en el Instituto de San Isidro de Barcelona. Reunidas tenía, entre otros materiales, varias etimologías de nombres de las principales enfermedades que á las plantas atacan, cuando al llegar al vocablo *Filomanía*, consignado en una excelente obra española de Botánica, pero sin rastro alguno etimológico, quedéme completamente desconcertado. *Filomanía quiere* significar exuberancia morbosa del follaje; mas ¿es de recibo, preguntábame yo, esta palabra? ¿Dice realmente lo que se dice que quiere decir? Si *Filo-sofía* significa *amor* (á la *ciencia*, claro parece que *Filo-manía* debe de significar *amor á las manías*, ó en último caso, *manía de amor*; pero lo que más claro resulta en este supuesto, es que ni lo uno ni lo otro tiene sentido común. Ocurrióseme entonces, en el apuro, si quizás el radical sería *Fylos* y no *filos*, (es decir, *Phylos* y no *Philos*), y fui y busqué, y halléme en seguida en el *Lexicon* la raíz *Phill* (φῦλλ con doble *l*), y á seguida, el derivado *Phyllon* (φύλλον: *hoja, flor, pétalo*), y más abajo *Phyllas* (φύλλας, ἄθος: *FOLLAJE*), y entonces salí del paso, y solo desde aquel momento pude afirmar: 1.º, que aquella desfigurada palabra *Filomanía* significaba, retóricamente, *manía de echar hojas*, ó en sentido recto y llano, *exceso morboso de follaje*; y 2.º, que la genuina transcripción del vocablo debía de ser *Phyl-lomanía*, no *Filomanía*.

Ahora bien; si como en aquel paso era yo bien libre de dar ó no dar, dar completa ó incompleta la etimología de las voces técnicas patológicas, cuyo significado convenía vulgarizar, me hubiere encontrado en un acto de oposición, encerrado para escribir mi Memoria, rodeado de todos los recursos, menos del más socorrido, que es no necesitarlos, y apercibiéndome á luchar con un contrincante fuerte, listo y despiadado, ¿qué hacía yo sino desazonarme á solas en mi encierro y comprometer luego mi lucimiento en público, sin

más fuente de ciencia que aquel contrahecho vocablo *Filomanía* ante mis ojos, y sin la necesaria malicia para sospechar sus faltas, y la consiguiente traza para obligar á cualquier Diccionario griego á descifrarme el enigma?

Paréceme que este caso auténtico valdrá en el ánimo del lector por cien razonamientos.

Quede, pues, sentado que, por causa de la degeneración ortográfico-fonética de las respectivas lenguas, hállanse los estudiantes españoles é italianos en una situación desventajosísima respecto de los demás, para descifrar fonética y etimológicamente las voces técnicas. Conste asimismo, sin embargo, que teniendo á mano un libro de una determinada materia, escrito en cualquiera de las lenguas más afines al castellano, como son el portugués, el francés ó el latín, puede el escolar español, una vez iniciado en los siguientes ELEMENTOS DE LEXICOLOGÍA GRIEGA, resolver por sí, con facilidad, seguridad y presteza, cuantos problemas de tecnicismo pueda ofrecerle el vasto estudio de la Medicina, lo propio que el más vasto aún de la Enciclopedia de los humanos conocimientos.

Y puesto que esta *Introducción*, encaminada á formar el espíritu del estudiante en punto al valor de la educación lingüística en general, y al de la elemental helénica en particular, ha llegado á su naturalísimo término, entremos ya en la exposición de la materia que constituye el inmediato objeto final de esta obrita.

LEXICOLOGÍA GRIEGA

CAPITULO PRIMERO

ELEMENTOS GRÁFICOS

Treinta y nueve signos componen la escritura griega, y se dividen en veinticuatro *caracteres* ó *letras* y quince *accidentes ortográficos*.

Las veinticuatro letras son todas de antiquísimo origen: pues consta, por documentos arqueológicos, que ya mil años antes de Jesucristo, la por entonces floreciente Sidon las empleaba en públicas inscripciones, conforme de ello es fehaciente testimonio el sarcófago

del Rey Aschmanozar, descubierto y comprado por el Sr. Luynes en 1855, y regalado por éste al Museo del Louvre.

De pueblos asiáticos trajeron, por tanto, los helenos sus letras, y de este abolengo no cabe dudar, aun ateniéndonos á los datos meramente filológicos, con solo parar mientes en que, si el alfabeto griego comienza *Alpha, Beta* (de donde *Alfabeto*), *Gamma, Delta*..... comienzan: el hebreo, *Aleph, Beth, Gimel, Daleth*.....; el siríaco, *Olaph, Beth, Gomal, Dolath*.....; el arábigo, *Eliph, Be, Te, Tse, Dschim*.....; el persa, *Alef, Be, Pe, Te*.....; el turco, *Elif, Be, Pe, Te*.....; el copto ó egipcio vulgar, *Alpha, Vida, Gamma, Dalda*.....; resultando ser el alfabeto griego, al par que el itálico su hermano, un tipo de transición, á favor del cual una gran familia de escrituras asiáticas, de origen egipcio (no fenicio, como es general creencia) ha venido á transformarse en la que hoy impera por todo el Orbe culto (1).

En medio, sin embargo, de esta identidad de origen histórico, y de una general y mutua analogía de forma, difieren entre sí todos los antecitados alfabetos por algunos signos peculiares á cada cual, caracterizados, ora por especial novedad en su figura, ora por notable variación en su trazado, ora por capital diferencia en su sonido, ora, en fin, por atribuir pronunciación nueva á viejo tipo, ó á tipo nuevo antigua pronunciación. De ahí las variantes que el alfabeto griego nos ofrece, comparado con sus padres y hermanos, y las que á su vez presentan los alfabetos modernos cotejados, ya entre sí, ya con el griego y el itálico, sus comunes y directos progenitores. Así, concretándonos al alfabeto de los helenos, objeto de nuestro presente estudio, diré que mientras la escritura de las gentes eslavas, por ejemplo, la de los rusos, conservan para la R griega la forma de P, y para la P la forma de Π y para la L la forma de Λ y para una de sus E la forma de H, las escrituras germánicas y romances han perdido la Ψ ó *ps* griega, han creado la J y han suprimido la Ω .

De ahí que el primer examen del alfabeto griego produzca en el ánimo del principiante, sea éste inglés ó español, ruso ó alemán, francés ó italiano, cierta invencible desazón, efecto natural de ese conjunto de letras tan idénticas unas á las modernas respectivas, tan diversas de ellas algunas otras; de forma conocida y extraña pronunciación estas; de pronunciación conocida, á despecho de inespe-

(1) Véase á este propósito el profundo trabajo del Sr. Vizconde Jacques de Rougé, titulado *Mémoire sur l'origine égyptienne de l'Alphabet phénicien*.—París, Imprimerie Nationale, 1873.

rada forma, aquéllas; viniendo á aparecer á sus ojos aquel conjunto de caracteres, más como un conato de alfabeto escrito por un loco en momentos de semilúcida reminiscencia que, como fiel trasunto de aquella sensata cartilla donde todas las nuestras se engendraron. Después de todo, si bien se mira, no hay razón para que la novedad que el alfabeto griego nos cause á todos, sea menor que la que hoy mismo causa al ruso el primer exámen del alfabeto español, ó á cualquier español el primer exámen del alfabeto ruso.

Y es que las escrituras, al par que las lenguas de que son testimonio, viven como formas expresivas que son de la vida misma del espíritu humano, y vida equívale á espontaneidad, movimiento, relación, influencia, mudanza progresiva, y en ella todo es posible, todo, menos la quietud y el retroceso.

Las veinticuatro letras del alfabeto griego, con sus variantes mayúsculas y minúsculas, helas aquí:

Α α, Β β, Γ γ, Δ δ, Ε ε, Ζ ζ, Η η, Θ θ, Ι ι, Κ κ, Λ λ, Μ μ, Ν ν, Ξ ξ, Ο ο,
Π π, Ρ ρ, Σ σ ς, Τ τ, Υ υ, Φ φ, Χ χ, Ψ ψ, Ω ω.

De estos veinticuatro caracteres ó letras, *siete* corresponden á *cinco sonidos vocales* Α, -ΕΗ, -Ι, -ΟΩ, -Υ (*ú*), siendo los otros *diez y siete*, signos *consonantes*.

Además, tenían las letras entre los griegos un valor numeral, como entre los romanos, con la diferencia, sin embargo, de que ese valor lo determinaba un tilde, y variaba según éste iba puesto arriba y á la derecha, ó abajo y á la izquierda; todo lo cual se dejará consignado al analizar este alfabeto letra por letra.

Por lo que dice á los quince *accidentes ortográficos*, conviene advertir que gran parte de éstos es de invención relativamente moderna, pues datan, según creo, de la época llamada de los Alejandrinos; empero, por más que aplicados algunos de estos signos á los textos de los antiguos clásicos helenos, quizá resulten perjudiciales, por estar en discordancia con la música ó rítmica de sus versos y, aunque entre los puristas modernos (por punto general los alemanes) no es raro ver consignadas largas citas de clásicos, griegos y latinos, en su primitivo ser, es decir, sin los accidentes ortográficos modernos, ello es que en todo tecnicismo es universal costumbre emplearlos, y que, por tanto, debe conocerlos quien, como nosotros, aspira á pronunciar, entender, criticar y componer los términos peculiares de la ciencia.

He aquí ahora el cuadro completo de los quince accidentes ortográficos:

2		3			2		3			5				
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15
'	.	'	'	'	(..)	(,)	(')	(,)	'	(,)	(')	(.)	(;)	(!)
expiratorios		métricos			intervocales		internominales			inspiratorios				

Estos signos me atreveré á dividirlos y clasificarlos de una manera que facilite á un tiempo su inteligencia y su recuerdo. Así, como se ve en la serie anterior, los quince *accidentes* forman cinco *especies naturales*, á saber: 1.^a, *expiratorios*; 2.^a, *métricos*; 3.^a, *intervocales*; 4.^a, *internominales*; y 5.^a, *inspiratorios*. En cuanto al número de accidentes que en cada una de estas especies se contiene, basta recordar esta sencilla serie 2, 3, 2, 3, 5, es decir, que la idea de $2 + 3 = 5$, da el número de los contenidos en la quinta, todo lo cual está claramente mostrado en el cuadro que precede.

Ahora, invirtiendo, por razones de conveniencia didáctica el orden tradicional, comencemos analizando estos *accidentes ortográficos*, para mejor verificar después la análisis de la naturaleza y las variantes de las letras.

CAPÍTULO II

ANÁLISIS FONÉTICA

PRIMERA SECCIÓN

De los accidentes ortográficos.

I. *Signos expiratorios*.—Llámanse *spiritus* (*hálitos* más propiamente que *aspiraciones*) y se emiten como ligera apoyatura gutural. Son dos, ' y ' , y se denominan:

1, ' *Spiritus lenis* (hálito leve, suavísimo), apenas perceptible, y que en realidad hoy, aunque siempre se escribe, no se pronuncia,

habiendo venido á valer por simple negación ó ausencia de *spiritus asper*.

Puede el *spiritus lenis* recaer en vocal ó en consonante.

a. Sobre vocal.—Regla absoluta: Solo afecta las vocales iniciales, escribiéndose, ó sobre la misma inicial, ó sobre la vocal segunda, si la palabra comienza por diptongo.

Ejemplo.—'Ανά=aná (preposición de significación variable); εἰς=eis (hacia).

b. Sobre consonante.—Regla absoluta: Solo puede recaer en la ρ (*r*), cuando esta letra es primera de la doble *rr* (ῥῥ) en medio de vocablo. Sirve para indicar que dicha primera ῥ debe sonar como *ere* y no como *erre*, determinándose el sonido fuerte por la ῥ ó *r* segunda, tal y como se procede en la fonética general de *rr* en las lenguas modernas.

Ejemplo.—'Αῤῥῖς=arrhis (chato, desnarigado).

2.º ' *Spiritus asper* (hálito áspero, duro). Vale por signo de re-fuerzo de la emisión de la letra, y puede, al igual del signo ', recaer en vocal y en consonante.

a. Sobre vocal.—Suena como la *h* de *hembra* en boca de andaluz cerrado, es decir, como media *j* castellana, y solo atilda, á semejanza del ' *spiritus lenis*, la vocal inicial, ó su segunda, si el sonido inicial es diptongo.

Ejemplos.—'Οτι=hoti (qué, por qué); ὁ=ho (artículo definido masculino); ἡ=he (artículo definido femenino); αἷμα=haîma, hæma (sangre).

b. Sobre consonante.—Regla absoluta: La única consonante en que puede recaer ' *spiritus asper* es la ρ y lo lleva cuando es inicial y cuando es segunda de ῥῥ (*rrh*), en medio de vocablo.

Ejemplos.—'Ρις=rhis (nariz); ῥάχις=rhajis (raquis, columna vertebral); αἱμοῤῥῆξις=hæmorrhagia (hemorragia).

En los demás casos la ρ va libre de todo signo.

Ejemplos.—Υἰδωρ=hydor (agua); ὑδατηρός=hydaterós (acuático).

Nota bene.—Tanto el *spiritus asper* como el *spiritus lenis*, cuando la inicial es mayúscula y va sola, ó á pesar de ir acompañada de segunda vocal, no concurre á diptongo por llevar ésta el signo de (") diéresis, se escriben, no encima, sino en la parte izquierda superior de la inicial. Del propio modo se procede respecto del *spiritus asper*, cuando la letra inicial es *P* (*r*) mayúscula.

TRANSCRIPCIÓN ORTOGRÁFICO-FONÉTICA.—*Latina y general moderna.*—El *spiritus lenis* no tiene transcripción. El *spiritus asper* se transcribe por *h* antepuesta si el caso es de vocal, y pospuesta, si es de ῥ.

Español.—Conserva la *h* como transcriptiva del *spiritus asper* solo en los casos de vocal.

Italiano.—Esta lengua ha perdido por completo la transcripción de *·* por *h*, así en caso de vocal como en caso de *ρ* ó de consonante.

Ejemplos.—Αἱμορραγία: latin, *hæmorrhagia*; francés, *hæmorrhagie*; español, *hemorragia*; italiano, *emorragia*.

Nota bene.—La ortografía francesa consiente algunas, aunque raras excepciones; así, los vocablos *ῥαφή* y *ῥάχις* se transcriben *raphe*, *rachis*, en vez de *rhap̄h*, *rhachis*, que es lo que la regla ortográfico-fonética, adoptada por los romanos y seguida por los franceses, exige.

II. *Signos métricos.*—Estos se llaman acentos y dan á la escritura griega lo que más tarde han dado á las demás, la indicación segura de la *medida* en duración é intensidad que corresponde á la vocal en quien recaen, y aun á veces, determinan indirectamente, por solo esta medida, la significación del vocablo.

Los acentos son tres: *·* agudo, *·* grave, *˘* circunflejo. El primero da intensidad á la vocal; el segundo solo se emplea sobre vocal final de vocablo, en sustitución del *agudo*, cuando sigue otro vocablo; y, finalmente, el tercero ó *circunflejo*, sirve para imprimir al sonido cierta detención.

Ejemplos.—De *·*: *θεραπεία* = *therapeia*; *ἄξων* = *áxon* (eje); *ἄλλος* = *ál-los* (otro diferente); *ταῖνια* = *tainia* (taenia); *ἀρθρίτις* = *arthritis*.

De *·*: *τὸ δένδρον* = *tò déndron* (lo árbol); *ζωή* = *dsòè* (vida); *εἰλεός* = *eileòs* (ileo).

De *˘*: *οὔρον* = *úron* (orines); *οὔς* = *ús* (oreja); *ζώνη* = *dsóma* (cintura); *ἔτρον* = *étron* (bajo-vientre); *ὕαλωπις* = *hyalópis* (parecido al cristal).

Ejemplo del influjo del acento en la significación del vocablo: *ὠμος* = *ómos* (*sust.* = hombro); *ὠμός* = *omós* (*adjet.* = crudo, da).

III. *Signos intervocales.*—Estos son dos: (*¨*) ó *diéresis*, y (*ˆ*) ó *iota subscriptum*. La *diéresis* modifica el valor vocal relativo, impidiendo la formación de diptongo y haciendo de las dos vocales dos distintas sílabas, y la *iota subscriptum* modifica este valor relativo, destruyendo un antiquísimo diptongo cuya segunda vocal era *i*, anonadando el sonido *i*, y dejando puro y algo más largo el sonido de la vocal compañera mediante un tilde *suscrito*, como recuerdo de la antigua

iota perdida. La *iota subscriptum* solo puede atildar las tres vocales α , η , ω , en esta forma: α , η , ω .

Ejemplos. — De diéresis: ἀπτόσ = *aphtós* (inaccesible); οἶστόσ = *oístos* (flecha).

De *iota subscriptum*: ᾄδω = *ādo* (cantar); ᾄσα = *ēsa* (canté); ζῷον = *zōon* (animal).

IV. *Accidentes internominales.*—Son tres, en forma de comilla, y sus nombres y usos dependen de su posición.

Llámase *apóstrofo*, como en las escrituras modernas, aquella comilla que se escribe en la parte superior del espacio internominal, para indicar que los dos vocablos se aglutinan en la pronunciación por elisión de la vocal final del primero.

Ejemplo.—Ἄπ'ἐμέ por ἀπό ἐμέ.

Llámase la comilla *koronis* cuando los dos vocablos, no solo se unifican en la pronunciación, sino también materialmente, determinando mezcla ó *krasis*.

En este caso, la comilla se escribe directamente encima de la vocal de soldadura, y no puede confundirse con el *spiritus lenis*, por cuanto éste solo recae en vocal inicial, ó en su compañera, caso de diptongo, mientras que el signo *koronis* recae en vocal de centro de vocablo, ó bien en vocal de sílaba primera iniciada por consonante.

Ejemplos.—Κᾶν por καὶ ἄν.

Τᾶγαθᾶ por τὰ ἀγαθᾶ.

Τῶλλα por τὰ ὄλλα.

Llámase, por último, *diástole*, la comilla escrita en la parte inferior del espacio internominal y destinada á evitar anfibología, siempre que los dos vocablos de que se trate produzcan juntos un resultado lógico, igual al de otro tercer vocablo del propio idioma.

Ejemplos.—ο,τι para distinguirlos de οτι.

τὸ,τε para distinguirlos de τὸτε.

V. *Signos inspiratorios.*—Estos señalan los momentos en que se interrumpe la lectura, á fin de que el lector pueda tomar aliento, y determinan, además, cada cual según su carácter, la entonación con que debe llegarse á la pausa inspiratoria respectiva.

Estos signos forman propiamente el sistema de puntuación, y comprenden: 1.º, (,) ó *komma*, que es nuestra *coma*; 2.º, (·) ó *kolon*, que es nuestro *punto y coma*; 3.º, (.) ó *punctum*, que es nuestro *punto*; 4.º, (;) ó *interrogatio*, que, á pesar de ser idéntico á nuestro *punto y coma*, equivale á nuestro (?); y 5.º, (!) ó *admiratio*, que solo se usa

en el moderno *románico* ó griego actual, y aún con extremada parsimonia; por lo cual, si aquí se consigna, es solo para no dejar incompleto bajo ningún concepto este cuadro de los accidentes ortográficos.

Combinaciones de diversos accidentes ortográficos.—He aquí las asociaciones que, por la complejidad de las variedades ortográficas, suelen presentarse en los textos griegos:

" " "

" " "

SEGUNDA SECCIÓN

De las vocales.

$$A x = A a$$

$$(\text{Ἄλφ}x = \text{Alpha}) (x' = 1, x = 1000)$$

Como simple letra, nada ofrece de especial: suena como la española.

Empero, por ser la alpha una letra que en griego puede determinar sentido, sobre todo en composición, conviene saber:

1.º Que por sí sola constituye interjección, en esta forma: α = ¡ah!

2.º Que en composición puede valer:

Ora como *alpha privativa*, por ejemplo, en $\alpha\beta\iota\omicron\varsigma$ = *ábios* (falto de vida), uniéndosele una ν por razones eufónicas cuando el nombre comienza por vocal, por ejemplo, en $\alpha\nu\alpha\iota\mu\iota\kappa\acute{o}\varsigma$ = *a-n-ai-micós*, *anæmicós* (falto de sangre).

Ora como *alpha conjuntiva*, en vez de $\alpha\nu\acute{\alpha}$, por ejemplo, en $\alpha\kappa\omicron\iota\tau\iota\varsigma$ = *á-koítis* (compuesto de α y $\kappa\omicron\iota\tau\iota\varsigma$: *tálamo* = compañera de tálamo, esposa).

Ora, en fin, como *alpha aumentativa*; por ejemplo, de $\tau\epsilon\iota\nu\omega$ = *teino* (tender) se forma $\alpha\tau\epsilon\nu\acute{\iota}\varsigma$ = *atenés* (muy tenso, bien tenso).

Recuérdese, además, que la alpha es una de las tres vocales que admiten α , ó *iota subscriptum*.

TRANSCRIPCIÓN ORTOGRÁFICO-FONÉTICA.—General y constante con *a*.

$E_{\varepsilon} = E e$ (*breve*)

(ϵ Ψιλόν = *Epsilon*) (ϵ' = 5, ε = 5000)

Esta letra se distingue de la Η ó *ēta*, no solo por su forma, sino también por lo breve y abierto de su sonido. Por esto se llama *epsilon* (de ψιλός; liviano, ligero). Fuera de esto, nada de peculiar ofrece la fonética de esta letra.

Por regla general, la E predomina en los principios de vocablo, la Η en los finales, y una y otra se comparten con bastante armonía las sílabas medias. Examinando un Lexicon resulta, que el número de los vocablos que comienzan por E, es al de los que comienzan por Η, como 130 es á 10, ó sea, aproximadamente una razón de 7 por 100.

Ejemplos de E.— ϵ γκέφαλος = *enquéphalos* (encéfalo); ϵ φήμερος = *ephémeros* (cotidiano).

La *epsilon* por sí sola forma también vocablo, constituyendo interjección.

Generalmente inicia los vocablos con espíritu lene; sin embargo, al lado de ϵ ρως (amor), hallamos ϵ ρπης (herpes).

TRANSCRIPCIÓN ORTOGRÁFICO-FONÉTICA.—Así en latín como en las lenguas europeas modernas no eslavas, la E_{ε} y la Η η se transcriben indistintamente por la *e*. Por lo que dice á las escrituras eslavas (rusa y sus afines), conservan distintas, entre sus numerosas letras, la *epsilon* y la *ēta*.

$H_{\eta} = E e$ (*larga*)

(η Ητα = *Ēta*) (η' = 8, η = 8000)

Es esta la *ē* larga, pesada, de los antiguos, y suena cerrada como la *e* castellana pura.

Por sí sola forma la Η la interjección *¡qué!*; en otros casos, el pronombre, ya comparativo, ya interrogativo; y, finalmente, puede valer por: *ó bien, sino, por lo demás*.

Al contrario que la E, lleva frecuentemente como inicial el *spiritus asper*.

Ejemplos de ambos casos.— η λεκτρον = *elektron* (ámbar); η πιζλος = *epialos* (fiebre continua).

η παρ = *hépar* (hígado); η λιος = *hélios* (sol, medio día).

La η sola, con *spiritus asper*, es nominativo singular femenino del artículo definido (*la*); así, por ejemplo, $\eta \delta\iota\alpha\pi\nu\sigma\acute{\eta}$ = *he diapnoé* (la transpiración).

Recuérdese, además, que la η es otra de las tres vocales que admiten (η) *iota subscriptum*.

TRANSCRIPCIÓN ORTOGRÁFICO-FONÉTICA.—Queda explicada al tratar de la *epsilon*.

$\iota \acute{\iota} = I i$

($\iota\acute{\omega}\tau\alpha = Iota$) ($\acute{\iota} = 10$, $\iota = 10000$)

Nada de particular ofrece la pronunciación de esta vocal. Su sonido es el de nuestra *i*, sin mezcla ni matiz alguno de *j*, como no sea en algunos vocablos extraños al griego; por ejemplo, $\iota\omega\acute{\alpha}\nu\eta\varsigma$ = *Joannes*; $\iota\omega\sigma\acute{\eta}\varsigma$ = *Joseph*.

En las voces propiamente griegas, aunque les siga vocal, debe sonar *i*, como, por ejemplo, en $\iota\alpha\mu\alpha$ = *íama* (remedio); $\iota\omicron\nu$, $\iota\omega\nu$ = *ion*, *iu* (violeta); ni más ni menos que en los casos en que la pureza del valor de vocal es indiscutible, como, por ejemplo, en $\iota\acute{\delta}\epsilon\alpha$ = *idéa* (idea); $\iota\delta\iota\omicron\varsigma$ = *ídios* (propio).

La $\acute{\iota}$ *subscriptum* es, como en su lugar queda dicho, no una *iota*, sino un tilde conmemorativo de antiguos diptongos *ai*, *ei*, *oi*, que vale para hacer larga la pronunciación de la vocal que suscribe.

TRANSCRIPCIÓN ORTOGRÁFICO-FONÉTICA.—En toda lengua y todo caso se transcribe con *i* latina la $\acute{\iota}$ griega, en cuanto forme vocablo propio de esta lengua.

$\omicron \circ = O o$ (pequeña, breve)

($\omicron\mu\iota\kappa\rho\acute{\nu}\nu = Omikrón$) ($\omicron' = 70$, $\circ = 70000$)

La palabra $\omicron\mu\iota\kappa\rho\acute{\nu}\nu$ quiere decir *o chica*, y concurren en esta letra la pequeñez del signo gráfico y la brevedad ó ligereza que su pronunciación requiere.

Ejemplos de omicrón. — $\omicron\gamma\lambda\omicron\varsigma$ = *ónkos* (tumor); $\omicron\zeta\omega$ = *ódso* (oler, heder).

La omicrón, acompañada de *spiritus asper*, forma el nominativo singular masculino del artículo definido (*el*); así, por ejemplo, $\omicron \delta\gamma\lambda\omicron\varsigma$ = *ho onkos* (el tumor).

$r_{\upsilon} = \ddot{U} \ddot{u}, Y y$ (u-francesa, y-griega)

($\Upsilon\psi\lambda\acute{o}\nu = \text{Hypsílón, Hyspílón}$) ($\upsilon' = 400, \upsilon = 400000$)

De todas las letras del alfabeto helénico es la r , sin duda alguna, la que más se resiste á un estudio preciso y á una transcripción constante.

Ante todo, conviene advertir que de esta letra, adoptada por los romanos con el nombre de *y* griega, se asegura en general que vale por la *u* francesa ó *ü* alemana; es decir, que suena como una *mezcla íntima* de *iu* (no como una sucesión de estos dos sonidos); sin embargo, las variantes de la pronunciación moderna, y hasta de la misma antigua, obligan á una determinación concreta y clara de las reglas á que debe sujetarse la fonética de esta letra.

Regla 1.^a — La r_{υ} en la fonética griega antigua es vocal pura, y corresponde en sus dos variantes á la *u* castellana ó á la *u* (*iu*) francesa; pudiéndose afirmar, por punto general, que los romanos la transcribían por *u* en el primer caso y por *y* en el segundo; quedando, sin embargo, un remanente de casos ambiguos. Es de notar, que la r_{υ} inicial lleva siempre *spiritus asper*.

Ejemplos. — $\text{Εὐκρασία} = \text{eucrasia}$ (buena sangre); $\text{αὐτόματος} = \text{autómatos}$ (espontáneo); $\text{ὕγρος} = \text{hygros}$ (líquido, húmedo); $\text{ὕγιες} = \text{hygies}$ (sano).

Casos ambiguos. — $\text{Σὺς} = \text{sús}$ (puerco = *sus* en latin); $\text{Σύφιλις} = \text{siphilis}$ (amor de puerco); $\text{μῦς} = \text{mús}$ (ratón = *mús* en latin, de donde *músculo*); $\text{μυολογία} = \text{myologia}$ (tratado de los músculos).

Regla 2.^a — La r_{υ} en la fonética griega moderna ó romaica, es, además de vocal, una semiconsonante cuya pronunciación equivale á nuestra *f* en todos los diptongos $\alpha\upsilon, \epsilon\upsilon$ seguidos de consonante, y á la *v* valenciana, catalana y portuguesa en los mismos diptongos seguidos de vócal, quedando, sin embargo, á su vez, un remanente de casos ambiguos.

Ejemplos. — $\text{Αὐτόματος} = \text{aftómatos}$ (espontáneo); $\text{αὐλός} = \text{af-lós}$ (tubo, canal, flauta).

$\text{Εὐαγγέλιον} = \text{evangelion}$ (Buena-Nueva, Evangelio); $\text{εὐαγῶς} = \text{evagós}$ (pura, santamente).

Caso ambiguo. — Ἀνευρύσμα = *aneurysma* = *anevrisma*.

Regla 3.^a — La γ en el diptongo $\omega\upsilon$, resuelve constantemente el total diptongo por *u* castellana.

Ejemplos. — ὄδαξ = *údas* (suelo, tierra); ὄλος = *úlos* (funesto, peligroso).

TRANSCRIPCIÓN ORTOGRÁFICO-FONÉTICA. — En latín y en la ortografía general moderna, la γ se transcribe por *u* en los casos en que la tradición aplica el sonido *u*, y por *y* en los casos en que la pronunciación se conserva *ü* ó se ha transformado en sonido *i*, quedando algunos casos ambiguos ó irreductibles entre el sonido *u* y el sonido *v*, en los cuales la transcripción se da indistintamente por una de estas dos letras; así los franceses escriben *neuralgie* y no *neuralgie*, quizá para eludir su propio diptongo *eu*, de pronunciación especialísima.

En cuanto á las transcripciones española é italiana, perdida en ambas escrituras la significación histórica de la *y*, reducece todo á escribir con *u* ó con *i* latina las variantes respectivas de la *hypsilón*.

Ejemplos de español. — Hístico, reuma, higrómetro, sínfisis, autonómico.

$\Omega \omega = O o$ (larga)

(ω μέγα = *O-méga*) ($\omega' = 800$, $\omega = 800000$)

O-méga, ó bien omega, quiere decir *o magna*, *o larga*, y se emite con cierta mayor resonancia y detención que la *omicrón* ú *o pequeña*.

Ejemplos. — ὥρα = *hóra* (hora); ὠτός = *otós* (genitivo de ὄς, oreja; φίλιω = *philéo* (amar, besar).

Por sí sola la Ω vale como interjección, por *¡eh! ¡oh! ¡hola!* Con el vocativo es partícula de invocación; por ejemplo, ὦ φίλε = *Ô phile* (O amigo).

Asimismo sirve ante nominativo, pero como mera apoyatura material para hacerse oír mejor; por ejemplo, ὦ ὄτος = *Ô hútos* (¡eh! ¡buen hombre!)

Recuérdese, finalmente, que la Ω es otra de las tres vocales que admiten *subscriptum*.

TRANSCRIPCIÓN ORTOGRÁFICO-FONÉTICA EN GENERAL. — La *omega*, lo propio que la *omicrón*, se transcriben indistintamente por *o*, tanto en latín como en las escrituras modernas.

DIPTONGOS

En rigor, los diptongos que ofrece la lengua griega, son doce, á saber:

α, η, ω, υι, ου, ηυ, αι, αυ, ει, ευ, οι, ου.

Procedamos á simplificar por eliminación.

En primer lugar, los tres casos α, η, ω, fueron un tiempo diptongos, mas ya no lo son, según en su lugar queda dicho.

En segundo lugar, los otros tres casos υι, ου, ηυ, quedan para nosotros sin valor, pues υι se pronuncia y transcribe *ui*; ου se pronuncia y transcribe *ou*, y ηυ constituye una forma que rara vez, y solo dentro de la alta literatura, se usa en lugar de ευ.

De suerte, que nuestro estudio queda contraído á los seis últimos, ó sea, á la mitad de los diptongos que la teoría de la lengua admite.

He aquí dispuesta en tres columnas la sinópsis de estos seis importantes diptongos, de suerte que se comprenda clara y prontamente la relación que existe entre la forma griega, la transcripción ortográfico-fonética latina y moderna general, y la degeneración ortográfica española.

Griega.	Latina y moderna general.	Castellana.
αι: παιδαγωγία.... » Καίσαρ » αἰθήρ » λαθηάργος.	ae æ (è abierta): pædagogia... » Cæsar..... » æther..... » læthargus....	e (cerrada): pedagogia. » César. » éter. » letargo.
αυ: καυστικός. » αὐτογράφος » αὐτοψία » σαυσαρισμός....	au: causticus..... » autographus..... » autopsia..... » sausarismus.....	au: cáustico. » autógrafo. » autopsia. » sausarismo.
ει: Αἰνείας..... » εἰλιξ..... » εἰλεός..... » Εὐγένεια.....	e: Aeneas..... » helix..... i: ileus..... » Eugenia.....	e: Eneas. » héliz. i: ileo. » Eugenia
ευ: εὐφορβία..... » εὐαγγελικός....	eu: euforbia..... ev: evangelicus.....	eu: euforbia. ev: evangélico.
οι: Κροῖσος » οἰδήμα. » Φοῖβος.....	oe æ: Cræsus..... » œdema..... » Fœbus.....	e: Creso. » edema. » Febo.
ου: Οὐρανός.. . . . » Οὐάρρον..... » Οὐεσσούδιον » Οὐουλτοῦρνος ..	u: Uranus..... v: Varron..... u y v: Vesubius..... » Vulturinus.....	u: Urano. v: Varron. u y v: Vesubio. » Vulturno.